

VERIEDADES

CONSEJOS GITANOS



Ascuha, güen moso. y préstame tu banda y tu bastón (pa que no lo guélvas á ver en los días de tu vía) mientras te digo la ventura..... Aquí dice que tu porvení es mú escuro, por que er tío der mechón te hará desgraciao á sustos. Lo mejjó es que te arregles con él y asina tendrás tu y tus churumbeles un reinao feliz.

UNMSM-CEDOC



Sucesora de "PRISMA"

Premiado con Medalla de Plata en la Exposición internacional de Milán de 1906

Director: Clemente Palma

De jueves á jueves

La cuestión de las carnes ha sido la cuestión palpitante durante esta semana. Ya ha quedado dilucidado el porque las carnes de los peruanos de Lima es magra. Es porque las reses que se benefician en el camal, ó mejor dicho, que se *malefician*, son animales hipocondriacos, éticos, con tocazón, hepatitis, gangrena y todas las demás enfermedades que tienen la desgracia de contraer en la penosa carrera de la existencia. El doctor Edmundo de León, doctor en medicina vacuna, ha denunciado con laudable buena fé las deplorables condiciones en que se hace la matanza de las reses en el Camal y la poca ó ninguna conciencia que se tiene para enviar á los puestos del mercado y carnicerías, riñones descompuestos, carnes gangrenadas y purulentas

y sesos en mal estado. Seguramente el mal estado de los sesos que en Lima se consumen, contribuye notablemente á que los limeños estemos, por lo general, atróficos de buen sentido. Lo cierto es que en Lima ya no se puede comer, como se comía en los buenos tiempos antiguos, un buen lomo con papas fritas, un sustancioso sancochado ó un *rosbeaf* jugoso y fortificante. Todo el derecho que hoy nos queda, toda la exigencia que podemos tener con las cocineras es el obligarles á que escojan con cuidado — para lo cual es conveniente que lleven un microscopio — las presas con determinadas tonchas. «¡Juana, la carne que ha traído usted hoy tiene toxinas tuberculosas y ya sabe usted que al señor no le gustan sino las toxinas de la tocazón!» «Ruper-

ta, escoja usted mejor los riñones porque esta vez los ha traído usted demasiado oliscosones é infartados» A este extremo hemos llegado. Reses tuberculosas, cerdos alimentados en los muladares, carneros aguzanados, todo eso y mucho más se mata en el Matadero y se reparte en Lima para que el bonachón vecindario pueda reconfortar su organismo y vigorizarlo para hacer frente á la tuberculosis que nos quinta, á la tifoidea que nos diezma y á la bubónica que nos parte



Uno de los corrales

por el eje. El informe del Dr. León ha producido alarma y el Gobierno ha creído oportuno conferenciar con los gerentes de las compañías de vapores para obtener que el transporte de las reses se haga en condiciones favorables para ellas, pues el Dr. León asegura que una

más que el Gobierno, es el Municipio quien debe cuidarse de esto y que la sección respectiva debe ejercer una excesiva vigilancia y severidad con los contratistas del Matadero á fin de que un innoble deseo de lucro no les lleve á sacrificar la salud del vecindario.

Por su parte el veterinario adscrito al camal, doctor Gailly, asegura que *precisamente* la carne que se come en Lima es de lo mejorcito: las reses son



Una res desollada

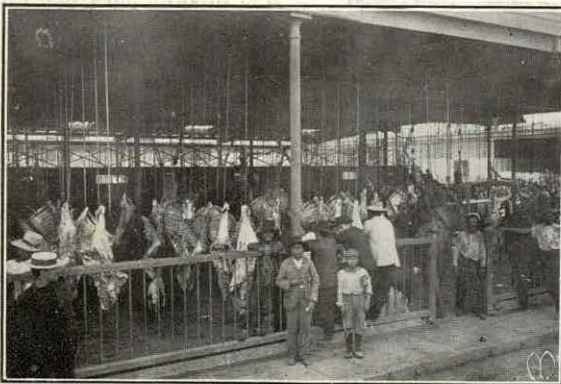
de las causales de que las carnes se envenenen es la mala ó ninguna alimentación que se da á los animales durante el viaje, la manera cruel como se les embarca y se les desembarca y en general, el trato infame que se da á las pobres bestias. Pero entendemos que



Cabezas de reses



Matadero de cerdos



Depósito de las carnes

gordas rebotantes de salud y alegría; los hígados isapristi! si hasta se podría hacer con ellos aceite de hígado de bacalao que es cuanto cabe de bondad; los riñones sacrebleu! ¿qué dejan que desear esos riñones? Los sesos... pero si tienen más fósforo y están en mejores condiciones que los de muchos escritores y catedráticos que yo me sé (este *yo me sé* no es por nuestra cuenta sino por la del Dr. Gailly).

Las vacas, carneros y cerdos que van enfermos el Dr. Gally asegura que *son separados*; pero convendría que se averiguara á donde van las reses separadas. En suma que según este veterinario, en el camal se benefician sólo las



Res que prefirió morir voluntariamente

vacas gordas del sueño de Josef y según el otro veterinario son las vacas flacas y tuberculosas, las que en su mayoría constituyen la alimentación



Res cedida á los gallinazos

cuotidiana. Averigüelo el nuncio. Y que averigüe también cual es el criterio que fija la división de las carnes de primera, de segunda y de tercera. Un chusco nos asegura que carnes de primera es la que sólo proviene de vaca tuberculosa; de segunda la que perteneció á vaca tuberculosa y *tocada*; y de tercera la correspondiente á vaca tuberculosa, gangrenada y *tocada*. Y con quince, de *sueño* ¿De sueño? Si señor, porque entre nosotros en virtud de un espíritu popular profundamente filosófico y poético llamamos á las carnes putrefactas, carnes *dormidas*. ¡El sueño es imagen de la muerte!

En las playas de la mar brava, en el Callao ha establecido su aduar, desde hace unos quince días, una tribu ó mejor una horda de gitanos, cuyos individuos é individuos recorren el puerto y esta ciudad haciendo de las suyas, lo que quiere decir que se dedican á hacerse de lo ajeno. Ya Cervantes lo dijo: «Nacieron en el mundo para ser ladrones: nacen de padres ladrones, críanse con ladrones, estudian para ladrones, y finalmente, salen con ser ladrones corrientes y molientes á todo ruedo». La presencia de esos peligrosos pillos no deja de tener alarmada á la gente, pues aparte de las raterías que cometen y del modo como engañan á los bobos con sus estratagemas de adivinación del porvenir y secretos de amor, corre la voz de que esos tunantes se roban á los niños, y como efectivamente se han realizado algunas desapariciones, la voz popular les acusa de ellas. Según un reportaje publicado por un diario, esta colección de tunantes espera un contingente de trescientos gitanos más que deben llegar próximamente para emprender todos juntos viaje á Bolivia ó al Ecuador. Publicamos varias vistas tomadas en el campamento.

Ha sido reorganizada por el Gobierno la estación experimental de la caña de azúcar, oficina que trata de ilustrar el criterio de nuestros cañaveleros en



Nathan Levy

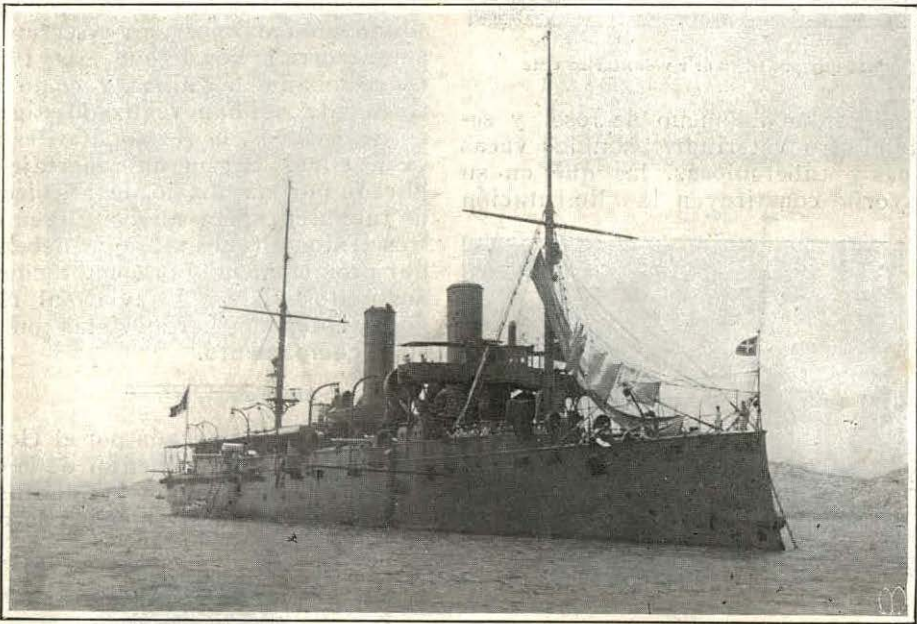
relación con su industria, y tiende de ese modo á asegurar el máximo de rendimiento de los cultivos de caña.— La importancia de esta institución saltá á la vista.

Director ha sido nombrado el señor Natham Levy, ingeniero químico de la escuela Central de París, y que, residente de hace muchos años entre nosotros ha unido su nombre al desarrollo de gran número de industrias.

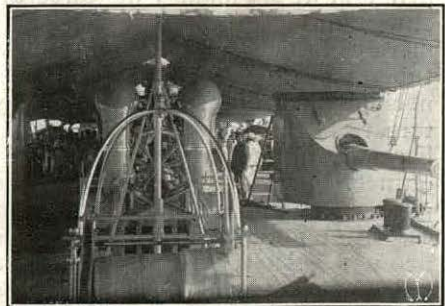
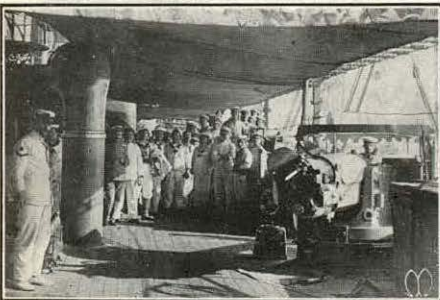
Ha arribado al Callao el crucero italiano *Puglia*, hermosa nave de cons-

trucción moderna y de un tipo semejante al de los cruceros peruanos últimamente construidos. Entendemos que este no está en venta como el *Dogali*, recientemente adquirido por el gobierno uruguayo. Publicamos una vista de la nave y otra de su tripulación.

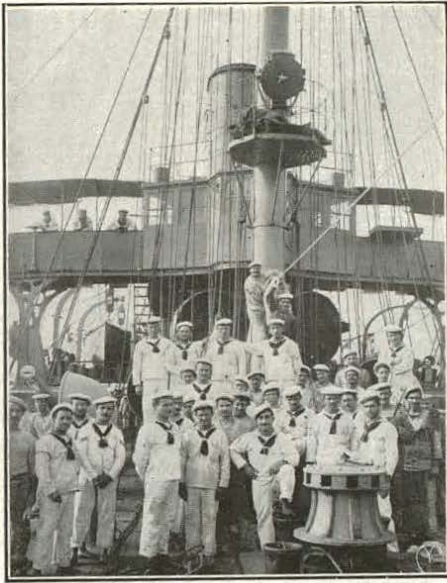
Los mosquitos *anofeles* son los seres que el Señor ha dedicado á la labor de transmitir el microbio del paludismo según aseguran los médicos y bacteriólogos. En todas partes se toman las más eficaces medidas para perseguirlos y



Crucero "Puglia" de la marina italiana



Detalles del "Puglia"



Tripulación del "Puglia"

extirpar las larvas que crecen en las ciénagas y lagunas de agua empozada, pero probablemente entre nosotros se ha descubierto que los tales mosquitos poseen alguna virtud preciosa, pues en un lugar público se ha establecido un

criadero. Nos referimos á la laguna de la Exposición que actualmente está, en admirables condiciones para la incubación y cría de larvas de anofeles. Sospechamos que se trata de hacer experiencias sobre un descubrimiento terapéutico: poner en lucha en el organismo de los limeños el microbio de la bubónica con los del paludismo, la tifoidea y la tuberculosis; la lucha traerá la destrucción de los beligerantes y por ende la desaparición de las enfermedades infecciosas con que está favorecida nuestra capital. Si es así aplaudimos la conservación de ese inmundo pantano que antaño era una poética lagunilla cruzada por un esquife, en que hacían idilios los enamorados, y por cisnes lohengrinescos,

El sábado se verificó en Palacio la recepción solemne del Sr. Julián Arroyo y Moret Ministro Plenipotenciario de España, de cuya llegada al Perú dimos cuenta en nuestro número pasado, ofreciendo publicar un mejor retrato del distinguido diplomático. El señor Ministro ha tenido la fineza de hacerse un retrato especial para nuestra revista, que publicamos hoy.



Excmo. señor Julián Arroyo y Moret
Ministro de España



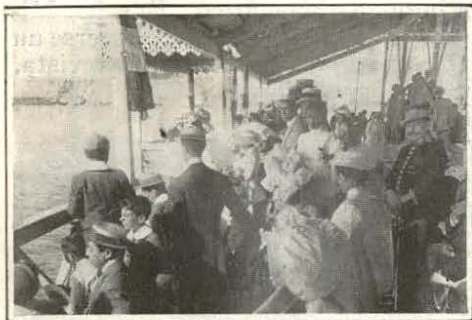
Excmo. señor Julio Leal
Ministro de España en Venezuela

Hace diecisiete años que es nuestro huésped el Sr. don Julio Leal, á quien, por equivocación, descalificamos en nuestro número anterior dándole el carácter de Cónsul de España, siendo así que era secretario de la Legación. El señor Leal por los valiosos servicios prestados, ha sido ascendido por su gobierno á la categoría de Ministro Plenipotenciario y Enviado Extraordinario de España en Venezuela. La larga estadía del señor Leal entre nosotros su amabilidad, su carácter franco y alegre le habían grangeado la general simpatía y alto aprecio en nuestros círculos sociales, en los que se vé con sentimiento la próxima ausencia de este leal amigo y casi compatriota, aún cuando ella sea debida á un acto de justicia que cumple el gobierno español ascendiendo á su sagaz servidor. Tenemos la esperanza de que el señor Leal no se despidе para siempre de nosotros, y le decimos simplemente: Hasta luego.



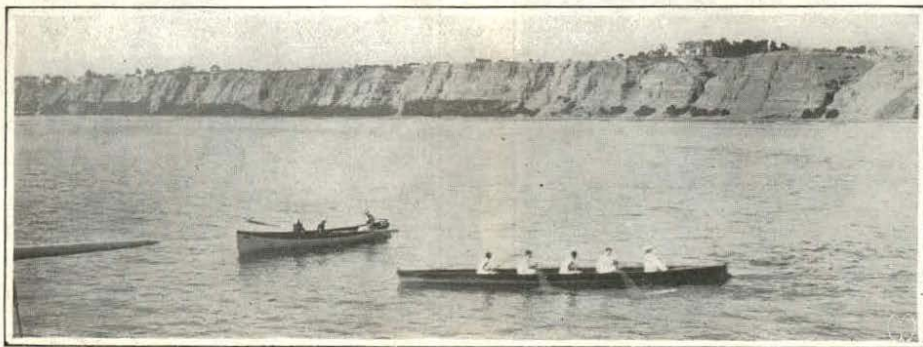
UN DIMINUTO CLOWN

El niño Alonso y Vallés con el vestido que llevó en un baile de máscaras en Ancón



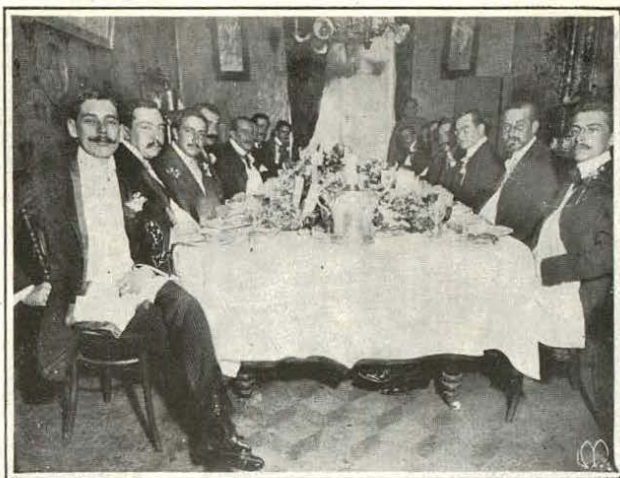
Asistentes á las regatas

El domingo se realizaron en Chorrillos unas regatas, cuyos productos se destinan á la reconstrucción de la iglesia Matriz de Chorrillos. La fiesta fué muy concurrida por las familias del vecino balneario y de Lima.



El guig vencedor

Con motivo de haber reasumido su cargo de secretario de la Junta Departamental el señor José A. de Izcue, cesando, por consiguiente, de desempeñarlo el señor Ortiz de Zevallos, los compañeros y amigos de este caballero le ofrecieron un banquete de despedida en el Club Nacional, en el que reinó la más franca cordialidad.



Banquete al señor Ortiz Zevallos

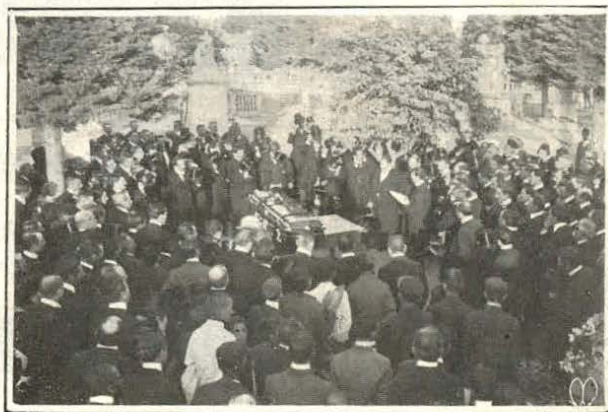
Publicamos una vista de los trabajos del



Trabajos de Rompeolas en Mollendo

rompeolas de Mollendo, obra que se hacía en extremo necesaria para facilitar el embarque y desembarque de pasajeros y carga que era penoso, por la constante braveza de mar en ese puerto.

A fines de la pasada semana falleció en el Barranco, joven aún, el doctor Alberto Quimper notable abogado y uno de los más distinguidos



Sepelio del doctor Quimper

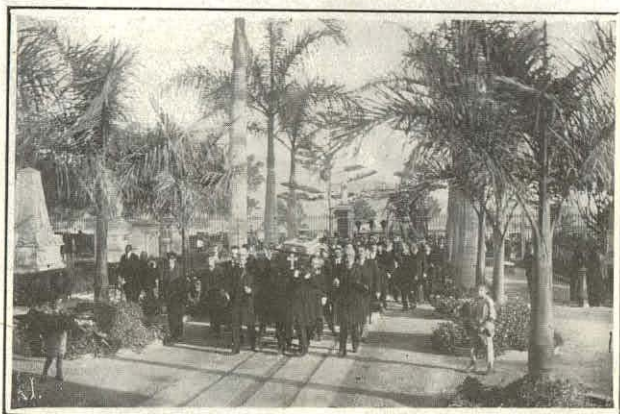


✠ Dr Alberto Quimper



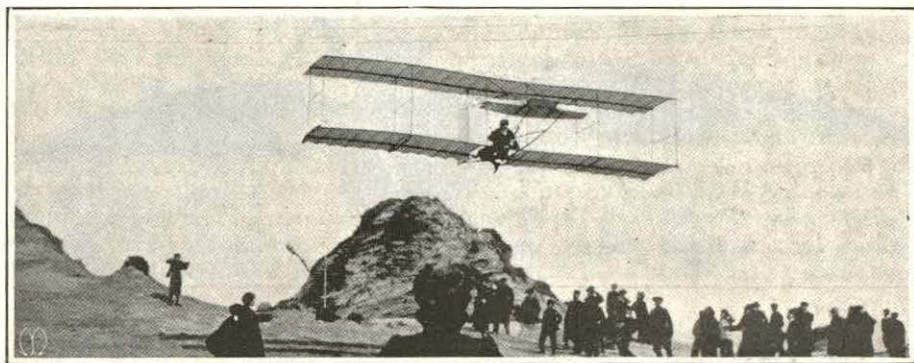
✠ Sr. Nicanor Alvarez Calderón

Ha fallecido en París el señor Nicanor Alvarez Calderón, persona vinculada con las familias de mayor figuración social de Lima. El señor Alvarez Calderón fué presidente de la Cámara de Diputados hace pocos años. La noticia de muerte ha llevado el luto á varias distinguidas familias de Lima.



Sepelio del doctor Quimper.—En el cementerio



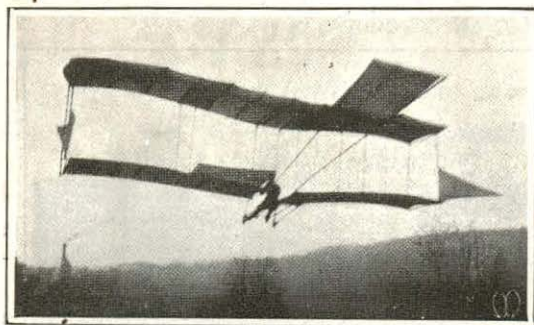


Aeroplano sin motor de Mr. Archdeacon

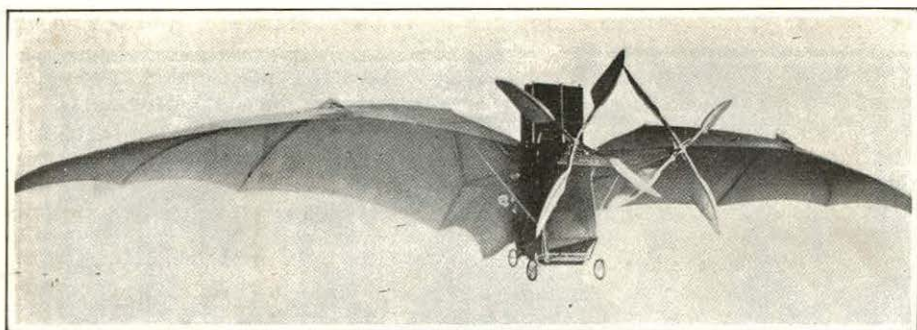
La aviación

La tierra y el agua son elementos completamente dominados por el hombre, y está en vías de ser el amo del aire, se aproxima el momento en que Icaro deje de ser un loco, un insensato ambicioso. El ensueño del hijo de Dédalo de remontarse en el espacio batiendo alas artificiales que le igualaron á las águilas, y que, como el águila de Jove, pudiera subir á las alturas, está en vísperas de ser una realidad pasmosa. ¡El hombre volará! Las novelas de Julio Verne, de Robida, de Wells y de los demás fantasistas de la ciencia, dejarán de ser fantasías para ser simples adivinaciones del porvenir, presentimientos, precursiones, que tendrán su cumplida realización en la inventiva y en el atrevimiento incesante del hombre.

Las aves y los peces son los que por su manera de flotar en sus respectivos elementos han dividido á los inventores y hombres de ciencia en dos escuelas ó teorías para resolver el problema de la navegación aérea. Los peces son menos pesados que el elemento en que viven y por eso lo dominan. Las aves por el contrario son más pesadas y también por eso dominan el aire. De aquí se ha deducido que el dominio del espacio corresponde, según unos al globo que es menos pesado que el aire, y según otros al aeroplano que es más pesado. Los partidarios de los dos sistemas han seguido sus investigaciones casi simultáneamente: están en vías de triunfar en su empeño. Por un lado se ven los brillantes ensayos del *Ville de Paris* y del *Patrie*: por otro los no menos brillantes triunfos de los aeroplanos de Farman y Ader. Pero fuerza es convenir que más convincentes, más seguros y más adelantados han sido los ensayos de aerostación que los de aviación. Los globos han recorrido con firmeza largas distancias, mientras que los aeroplanos no han recorrido sino muy pocos kilómetros. Y es justo que así sea pues los estudios de aerostación son más antiguos y puede decirse que desde las épocas de Pilatre des



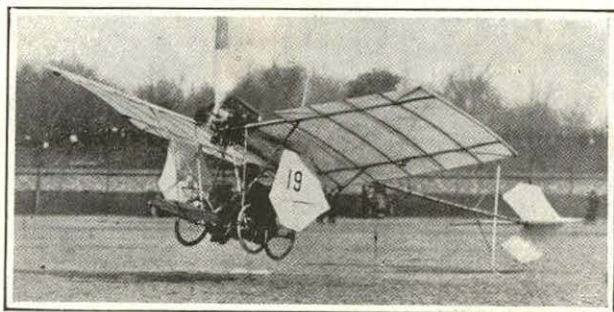
Aeroplano del capitán Ferber



Aeroplano de Ader, construido por cuenta del Estado

Roziers y de las mongolfieras la investigación y los ensayos han sido incesantes. Los estudios de aviación son mucho más recientes.

Difícil sería, á pesar de todo, decir á cual de los dos sistemas se inclinará la victoria final y decisiva. Parece que el secreto de los aeroplanos y de los globos está en el motor. El día,



Aeroplano de Santos Dumont



Aeroplano pájaro de M. Esnault-Pelterie

seguramente muy próximo, en que se invente el motor ideal que ocupando poco espacio y pesando poco desarrolle una gran cantidad de fuerza, podrá decirse que el problema quedará resuelto. Y todos están de acuerdo en que resuelto el problema



Aeroplano celular de Kapferre

hábrá entre los globos y los aeroplanos la misma relación que entre los trasatlánticos y los vapores de cabotaje. Los globos servirán para los grandes recorridos de país á país y de continente á continente, mientras que los aeroplanos servirán para los viajes interiores, para el sport, para el inmenso goce de dominar el espacio rápidamente y sentir la fruición que hoy se siente en el automovil.

Publicamos varias vistas de los más

importantes aeroplanos que se han ensayado recientemente en Francia. En uno de nuestros pasados números publicamos un grabado del aeroplano de Farman que ganó el prix de 50,000 francos por su recorrido de un kilómetro en Issy-les-Molineaux. Asimismo publicamos los retratos de los que más han contribuido á los progresos de la aviación: Henry Farman, Ernest Archdeacon, Henry Deutsch y el capitán Ferber.



Henry Farman



Ernest Archdeacon



Henry Deutsch



El capitán Ferber

INSOMNIO

Comme ces chiens la-bas, qui hurlaient á la lune
(H. de Regnier)

*Han aullado los perros con aullido incesante
en los patios vetustos de las granjas vecinas,
á la pálida luna que en las negras colinas
recortaba su disco luminoso y distante.*

*En la sombra las ramas de las viejas encinas
temblorosas lloraban, bajo el viento ondulante,
que susurra en las hojas y que va agonizante
á morir en el polvo de las tapias en ruínas.*

*Y en el lento suplicio de mi insomnio consciente
que la carne y el alma me enervaba con una
rabia sorda y terrible, pero en cambio impotente*

*comprendí que es en veces la vida inoportuna
y grité sobre el lecho furiosa, inutilmente,
como esos pobres perros que aullaban á la luna.*

Oscar MIRO QUESADA.

Distracciones

PARA el resguardo de una obra teatral no basta al autor, ó propietario de ella, ser un Jano ó un Argos; pues en un periquete y en la misma punta de un estoque son capaces, en el teatro, de copiarse una obra.

Cuando en 1878 le llegó á Enrique Sánchez Osorio *La Marsellesa*, que tan soberbias entradas dió en el Principal, y por lo que cobraba la friolera de cien soles por derechos de cada representación, el maestro Allú, desde el sillón director y el apuntador desde la concha, se la copiaron en seis ú ocho noches, encontrándose de pronto Osorio, con que en Lima y sin haber llegado correo alguno de Europa, había otro ejemplar de la obra y que la empresa no necesitaba el suyo para nada.

El ejemplar del *Chateau Margaux* con que se estrenó esta obra en Lima, en 1889, fué confeccionado por el maestro Rupnick y el barítono Arcos. Este, con los papeles que por casualidad tenían dos artistas de la compañía que la habían hecho en Chile, y sus recuerdos, escribió el libro; y Rupnick con el tarareo que de los números le hicieron Arcos y otros, escribió la partitura, que no discrepaban, por cierto, ni nadie lo advirtió nunca, del libro y partitura originales.

Es de uso que el maestro se lleve la obra nueva que ha de dirigir para estudiarla, y excusado es decir que cuando la devuelve... ya existen dos ejemplares.

Hay quien dirigiendo y de número á número, se copia en los puños de la camisa toda una partitura, sin que le falte una nota; y traspunte que entre cajas y con el melampo debajo del brazo se copia un libro... sin faltas de ortografía; por que es de advertir que son más correctos estos hurtos, que las copias mandadas hacer especialmente.

Representante hemos conocido que mientras con una mano ponía vistobuenos á los vales de los cómicos ó hacía la cuenta, con la otra copiaba música como un loco.

Y cómico que se encerraba en su camarín para vestirse... y desnudar á algún autor ó dueño de obra.

De suerte, pues, que quien se jacte de ser único poseedor de una obra, no conoce el teatro sino de oídas.

Para el actor cómico Antonio Alonso, que vino por primera vez á Lima con Palmada, en 1893; escribimos nuestro monólogo *¡Suicida!* que tuvo benévola acogida por el público, y como ciertas mujeres feas, cayó en gracia, tanto que los años transcurridos ha sido representado más de 200 veces, en los teatros del Perú y Chile, por los artistas Carlos Rodrigo, Abelardo Martínez, Justo Rodríguez, Arturo Sainz, Emilio Escrich, Enrique Sánchez Osorio, y otros; así como en muchas casas particulares y colegios de Lima.

Pues bien; nace poco tuvimos noticia que en Chile un cómico chileno, J. Julián Cobo, había estrenado en el teatro de Angol, un monólogo con el título de «El Suicidio», que no era sino el nuestro *arreglado á la escena chilena*. El cómico aquel, en descargo de su conciencia, dice: «No confunda el lector este monólogo con un artículo festivo del mismo título, escrito por un periodista peruano. La idea de este monólogo ha sido tomada de dicho artículo; pero el contenido es absolutamente original del autor».

Esto nos hace recordar la famosa *Poupée* en un acto, que un Rodríguez del Villar, dió en Chile como suya, cuando de la contaduría del Principal se perdió un ejemplar de dicha obra; la cual, como todo el mundo sabe, es de Manuel Moncloa y Ordoñez, y se estrenó en Lima, por la compañía Julibert, en junio de 1901.

Otras dos obras maestras han sido, asimismo, arregladas y localizadas, en Chile y Bolivia, por dos artistas, quienes las han dado como suyas. (1).

A propósito.

Algunos de estos hurtos hemos tenido también en Lima.

(1) «La Gran Calle» y «Lima por dentro».

En 1901 vino al Principal un tenor cómico que se estrenó, dando como suyo el monólogo de Abati: «Tratado de Urbanidad»; y otro extrajo de una zarzuela un monólogo, al que puso su firma muy orondo.

Y cuántas obras *originales* de artistas, que nuestro público ha premiado con sus aplausos, felicitándolos con entusiasmo por la *gracia*, serán asimismo, *distracciones* inocentes....

Porque la verdad es, que para los titulados artistas que suelen honrar las Américas con su presencia, todo es lícito, desde que todavía nos suponen en lamentable atraso, quizá si vestidos de plumas, sin calcular que aquí puede haber quien les conozca de memoria, aun antes que piensen en atravesar el charco.

M. CLOAMÓN.

Lima, 1908.

CHIRIGOTAS



El veterinario que jura que las carnes que se comen en Lima debieran darse á los gailly....nazos.



El veterinario que asegura que los limeños comen buenas carnes.

Teatro Principal

En la semana pasada se realizó el beneficio de la señorita Gilda Evangelisti contrato de la Compañía Zucchi-Ottonello, con la obra *Lucia de Lam-memoor*. La beneficiada cantó con gran arte su papel y mereció los grandes aplausos con que el público correspondió á la simpática artista.

Es sensible que, habiéndose terminado ya la contrata de la compañía, ésta nos abandone, privando á nuestra sociedad de un espectáculo culto. No ha sido una compañía superior de ópera y



El tenor Colombo en "La Boheme"



El tenor Colombo en "Pagliacci"

opereta, é indudablemente muchas mejores nos han visitado; pero la compañía Zucchi-Otonello reforzada últimamente con el tenor Colombo para ciertas óperas, quedó muy aceptable y habría alcanzado mayores éxitos si la época no le hubiera sido adversa. No obstante ha tenido algunos éxitos. Otro mérito de esta compañía es el de estar formada por gente honorable por su conducta, cosa que es difícil encontrar. Publicamos dos retratos del tenor Colombo en diferentes roles.

Almas que emigran

A Francisco Pardo de Zela

—¿Quiere Ud. saber adorable amiga mía por qué palpita bajo los encajes y rosas que adornan su corpiño un corazón amablemente frívolo y versátil, como hecho de pétalos de flores é ilusiones de niña coqueta? Desea Ud. saber cómo y por qué extrañas circunstancias, una alma ligera y grácil, malévola y tornadiza vino á animar la mirada de sus ojos azules y el gesto de sus manos delicadas y pálidas? Pues ahora que el té humea en las tazas de Sevres, y una á una se deshojan sobre los pliegues de sus faldas, las rosas de su corpiño, escúcheme esta historia, no sé si antigua ó moderna, verídica ó falsa, historia que aprendí en un libro de cuentos azules, delicados y finos como *bibelots* de Saxe.....

En aquel tiempo Pierrot se aburría en París. Habíase paseado por todos los bailes y todos los *cabarets* su negro frac de albos y grandes botones. Su carita rasurada y blanca se había contraído de tedio entre las alegrías de Montmartre; y desde la plaza Clichy hasta la plaza Blanca todos los bailes habían recibido la visita de Pierrot eternamente aburrido y eternamente seguido por Colombina frívola y coqueta. Además, Pierrot comenzaba á tener miedo á París en cuya vida mentirosa naufragaban muchas conciencias y no pocos cariños. Los parisienses iniciaban la costumbre, hoy en boga, de amar al amor ageno, y Pierrot tenía miedo por él, temblaba por su amor y sufría por Colombina aficionada á todas las nuevas orientaciones en asuntos de amor.

El Pierrot *monmartroise* odiaba además al Arlequín parisiense siembre dispuesto á jugarle una trastada á su mejor amigo. Tenía celos de Colombina tornadiza; y aburrido y medroso determinó huir de París hacia un rincón del mundo, patriarcal y honrado, donde fueran desconocidos los amores prohibidos y las infamias amistosas.

Aquí, entre nosotros, debemos confesar que Pierrot tenía razón, porque Arlequín, apesar de ser casi un idiota,

pasaba por persona de muchísimo talento; era pérfido, falaz, y de antemano sabemos, querida amiga, que los triunfos amorosos son siempre para los falaces y los pérfidos.

Determinado su viaje, Pierrot comenzó á escoger el lugar de su destino. Quizo ir á Italia, pero averiguó que estaba demasiado cerca de Francia, y esta vecindad lo horrorizó á punto de hacerlo desistir de su propósito. Pensó después en un viaje á España, lugar de añejas fidelidades y costumbres honradas, pero la patria de Cervantes, á más de múltiples inconvenientes, ofrecía el mismo de Italia. Inglaterra lo sedujo por un instante, pero supo después que los ingleses, en una tarde brumosa y fría, habían ahogado á la Alegría en el viejo Támesis, y este feo crimen hizo perder á Inglaterra el honor de la visita del rey de la alegría; y Pierrot, después de vacilar mucho, de consultar muchas guías, y algunas cartas geográficas, resolvió venir á América, á la América de todos los derrotados de la vida europea, á la cálida tierra de todos los que buscan el dinero ó la felicidad.

Y he aquí, como un buen día, claro y alegre como los ojos de una limeña, *monsieur* y *madame* Pierrot llegaron á Lima, consignados á una juguetería elegante.

Pierrot y Colombina fueron colocados en la misma vidriera, entre muñecas trajeadas de claros *valencianes*, animales mecánicos, menegildas de de cuerda y otras baratijas que inventa el ingenio humano para distraer á los niños de todos los países. La vidriera era clara y elegante. Pierrot descansaba en una gradería de terciopelo marrón, y Colombina vestida de un coqueto traje rosa claro, fingía una mueca graciosa, en un ángulo de la vitrina y bajo la amorosa mirada de su romántico compañero.

La vidriera no podía ser más agradable; llena de seres privados de la palabra, y no expuestos por consiguiente,

á decir necedades; enclavada en una calle estrecha y por la que transitaba un mundo de limeñas, mujeres á las que Colombina halló bonitas, pero mal peinadas; iluminada de noche por la clara luz de ocho grandes focos eléctricos, y sobre todo libre de la molesta presencia de Arlequín, dejado allá, en París, entre un mundo de literatos, periodistas, políticos y otros hombres ociosos, que admiraban su joroba moral, sus vestidos variados y su arte de decir simplesas con aspecto de grandes concepciones.

Pierrot permaneció allí tranquilo muchos días, sin pensar en transformarse, en tomar su forma animada y viviente para corretear por esas calles en pos de un retazo de alegría falsa ó de postiza belleza. Los limeños con su aspecto de *bons enfants* mal vestidos é ingénuos, las limeñas gentiles, como la belleza desprovista de todo artificio, le divertían y le encantaban, y mientras los carros del tranvía transitaban delante de las vidrieras, Pierrot y Colombina permanecían allí, contentos y felices, con los brazos abiertos, como pidiendo un abrazo, y con una sonrisa de biscuit estereotipada en el rostro.

Pero he aquí que llegó el Carnaval, la época de la agitación y de las locuras. Un señor viejo, que se parecía extraordinariamente á Arlequín, llegó á la juguetería, y sin que Pierrot se apercibiese, compró á Colombina; y Colombina alegre de salir de su prisión de cristales se dejó empaquetar sin la menor protesta, fugando en compañía del viejo de rostro arlequinesco y aires de persona sabia

Y ya comprenderá Ud., adorable Sarette, la desesperación de Pierrot, cuando en un tornar de ojos, vió vacío el sitio de Colombina en la vidriera de gradería marrón y transparentes cristales... ¡Cómo — pensó Pierrot — en Lima, en la Lima patriarcal y honrada que yo había esperado, se arrebate también á las mujeres bonitas, de brazos de sus maridos legítimos? ¿El mundo está tan echado á perder que en ningún rincón de él puede hallarse personas que respeten las tranquilidades y las mujeres ajenas? Y Pierrot, sentado en la gradería marrón, y envuelto en su vestido blanco de grandes boto-

nes negros, lloró, y lloró tanto que grandes surcos de lágrimas mancharon el albayalde de su carita pálida.

Desgraciadamente, las tristezas, ni aún en asuntos de amor, se remedian llorando—se dijo Pierrot;— y resuelto á encontrar á la coqueta y falsa Colombina, abandonó su vitrina, lanzándose, en la tarde del segundo día de Carnaval, por esas calles de Lima, encharcadas por el agua y recalentadas por un sol de febrero.

¡Desgraciado Pierrot! Creía aún hallarse en el boulevard Poinsonière; esperaba encontrar por las calles los calles de Mardi gras, y las lindas cocottes, que el carnaval revoluciona y alegra, y grande fué su decepción al hallar por todas partes grupos de gentes, vestidas como harapientos mendigos, que se pegaban y pintaban por todo esparcimiento. ¿Así era Lima? ¿Era esta la ciudad por la que paseaba sus sonrisas frescas y sus trajes claros la gentil Colombina? Y Pierrot tuvo pena de Colombina, compadeció á su raptor, y á todas las personas condenadas á pintarse de rojo y á hacerse contusiones durante el Carnaval.

Pero un baldazo de agua sacó á Pierrot de sus piadosas adquisiciones. Semejante chaparrón le extrañó muchísimo, y su extrañeza fué mayor aún cuando se enteró de que en Carnaval era ese el expediente por el cual exteriorizaban las limeñas sus simpatías. ¡Diablo de demostración! —pensó Pierrot:— y tosiendo bajo sus vestidos húmedos, echóse á andar, tratando de huir de los hombres que se divierten ensuciándose el rostro, y de las mujeres que inician amores anegando á sus galanes.

Después Pierrot tuvo un momento de alegría. Había un baile; él lo había oído decir. ¡Un baile de Carnaval! y en un Casino de Chorrillos! Es decir: música, perfumes, sedas, mujeres bonitas, alegría, y sobre todo, *champagne*, mucho *champagne*! Allá iría Colombina, no había que dudar. En París jamás dejó de asistir al *bal Tabarin* ó al *Moulin de la Galette* la noche del Mardi gras. Y Pierrot, alegre con esta esperanza, comenzó á discurrir por esas calles, llenas de hombres harapientos pintarrajeados y beodos.....

Ya mas tarde, y cuando una luna de

verano vestía á Chorrillos con amables y románticas claridades, Mr. Pierrot, con el traje aún húmedo por el chapuzón de la tarde, presentóse en el Casino de Chorrillos, lugar donde debía realizarse el baile objeto de las esperanzas y expectativas de nuestro pobre héroe.

Sin duda alguna, adorable Sarette, Usted habrá bailado alguna vez en el Casino, y de su cabecita fina y bella no se habrá borrado el recuerdo de ese encantador sitio, perdido en un rincón del viejo Chorrillos, como un *bouquet* de frescas rosas en un florero de antigua Sajonia. Pues bien, aquella noche memorable el Casino ostentaba sus más preclaras galas, tal vez, si con la intención de deslumbrar á nuestro pobre Pierrot.

No hablaremos de la iluminación eléctrica que hacía brillar el encerado de los pisos y la clara arena de las avenidas y *parterres*; no diré nada tampoco de las serpentinas que se arrollaban ágiles y coloreadas á las columnas del *hall* y á los cimbrantes talles de las bailarinas. Bástele saber que Pierrot encontró la fiesta adorable, y alegre y contento perdióse en las peripecias de un lanceros, seguro de encontrar á Colombina en una de las evoluciones de la danza.

¡Infeliz Pierrot! Al dar una vuelta hallóse frente á frente á Colombina, que daba el brazo á Arlequín, vestido de gran dignatario militar. Y aquí fueron las confusiones de Pierrot. ¿Había también Arlequines en Lima, ó era el mismo y canalla muñecón parisiense que empeñado en dar un disgusto á su colega carnalesco había se apresurado á seguirle? Nadie pudo resolverle estas preguntas, pues parece que es muy fácil hallar Arlequines en los sitios más apartados é ignotos.

Pero Pierrot no podía resolverse á perder de nuevo á su gentil compañera, y empeñado en recuperarla, tuvo un disgusto con Arlequín, quien á más de golpear á Pierrot con su bastón, lo obligó á salir del baile, escoltado por los sirvientes del Casino.

La noche había avanzado serena y plácida. En el Malecón, la luna parecía burlarse de las amarguras de Pierrot mostrándole su redondeada y ale-

gre faz; y allí en ese paseo de Chorrillos, mudo á aquella hora, Pierrot pensó, con enorme amargura, con infinita tristeza, en su dicha perdida, en su vida hecha pedazos, mientras miraba, con sus ojos negros y bellos que el dolor había agrandado, aquel'a Luna irónica y burlona que decoraba el vasto mar con una delgada cinta de plata.

Y hasta aquí, estimada amiga mía, mis noticias sobre Pierrot. No se sabe si murió de dolor ó si su alma ingénuo y buena abandonó para siempre estos países donde los Arlequines y las Colombinas hallan tan buena acogida. Lo cierto es que su fisonomía bella y pálida no volvió á lucir entre nuestros goces y nuestras fiestas. Tal vez si nuestra alegría sana é ingénuo murió con él.....

—¿Arlequín?...¿Colombina?...El cuento refiere que fueron felices. El siguió de gran dignatario, fué ministro y hasta se susurra que llegó á presidente, alta posición que en aquellos tiempos era difícil alcanzar.

Colombina casóse y tuvo muchas hijas. Sus descendientes pasean hoy por nuestros salones y fiestas. Viven en nuestras alegrías, fingen amores y hacen desgraciados. Y he aquí, adorable Sarette, la razón por la cual una alma ligera y gracil, malévoa y tornadiza, vino á animar la mirada de sus ojos azules, y el gesto de sus manos delicadas y pálidas.....

ROBERTO BADHAN.

Paranco, marzo de 1908.



EN LOS DESCALZOS

Los limeños amamos como Núñez de Arce «la penumbra de las viejas catedrales» pero lo que más nos está permitido, son esas iglesias recónditas lejanas y envueltas en discreta sombra. A este género pertenece «Los Descalzos» situada al fin de esa larga procesión de maceteros de mármol terminando en un surtidor que se llama Paseo de Aguas.

La mañana es hermosa, el sol se cuele entre los más ocultos repliegue de las cosas. Los cerros pardos, con esas rugosidades parecidas á las que hay sobre los lomos de los cocodrilos, recorta una línea sinuosa de vidrio quebrado sobre un cielo lánguidamente azul manchado apenas por un copo de algodón desfleado.

A ambos lados iglesias de pueblo. «Santa Liberata», mandada construir para aplacar la cólera divina; el «Patrocinio», patrocinando en su carcomido recinto á un puñado de vergonzantes beatas; un kiosco nostálgico de las retretas del «tiempo de Cáceres», cobijando vendedoras de chicha y muchachos pedigüños que asaltan los tranways; huertas de celebridad dudosa. y en fin, la iglesia de las «confesiones»

pintada de gris, circuida por un poyo lunado donde á golpe de tres se congrega un centenar de seres harapientos con un cacharro de lata en la mano; cuartetos á lo Santa Teresa en las paredes, un depósito de sillas invadiendo un fresco donde San Francisco Solano tañe un violín evocando el «hasta donde alcance mi mano» de Atahuallpa, y penetramos. No es faustosa. Es limpia, sencilla, discretamente oscura, con esa media luz que se requiere para las confidencias, para los descargos. Entran allí conciencias mortificadas, con algo del *self control* de los neurasténicos, y salen, por supuesto, livianas, resignadas, seguras. Con la brújula indicando el norte moral que necesitan. Casi no hay altares, los confesionarios ocupan todos los sitios aprovechables. Hay dos filas de bancas largas junto á dos ringlos de madera anchas y maza-cotudas. La concurrencia vestida de la estación, seda discretamente pecadora, esbelteces que se cimbran sobre reclinatorios de pajaza, sosteniendo en la mano enguantada el devocionario y el rosario con esa actitud deliciosa de todas las Margaritas antes de conocer á todos los Faustos. Tras de las cortini-



Reparto de comida á los pobres y..... vagos, porque de ellos es el reino de los cielos



Despachando la pitanza

llas, en los confesionarios, manos fuertes, domadoras de conciencias, empuñando la cortinilla como se empuña la borla de un coche, mientras al rededor las penitentes aguardan su turno. Por todas partes susurros, *chuchotements* y, á las veces, como acritudes de admonición. Un padre cruza el prebisterio, es anciano, alto, encorvado, fuerte como un árbol otrora y predicador notable, según informes, termina hoy sus días confesando. Qué conciencias le estarán encomendadas? Porque debe tener sus «confesadas» como los médicos su clientela. Las jóvenes? las viejas? las intermedias? Si las jóvenes bueno sería recordar la dolora de Campoamor.

Para un viejo una niña siempre tiene El pecho de cristal.

Veo también á otros padres, altos, de bustos enérgicos y dulces al mismo tiempo la tonsura verdeando, la hopalanda color ciruela claudia, el pie rosado, bien irrigado entre la oscuridad de la sándalia. Abre la portezuela y penetra con un aire familiar, como quien va á practicar una operación cotidiana, una función. Se observa en casi todos los descalzos á un militar. Que lejos están de esos sacerdotes mundanos y santos de salón, siempre con una pastilla en el bolsillo y una palabra dulce en los labios. Estos más severos y adustos navegan pegados á las costas de Kempis, hablarían mucho del «infierno», de condenación, de «pulvis eris», y cosas con que el sexo femenino impresionable gusta quebrantar sus nervios, pero que deben acostumbrar al

deber y á la disciplina ¿son preferibles á los otros con sus casuísticas semejantes á baules de de doble fondo? ¡quién sabe! ¡allá ellas!

Ellas! Pecadoras que diariamente vemos, mujeres meridionales, sensitivas, en una palabra: ¡Mujeres! Más mujeres que las otras. Ese algo contradictorio que hacía exclamar á Goncourt. Es el error del hombre. Todo lo revuelve, «con una razón de cuatro años» y un buen sentido de cuarenta.

Una hay lejana apretando con la mano una perilla de la banca donde se sienta; lleva un abrigo de seda donde espejea la luz. Vuelve sus ojos de cuando en cuando hacia la puerta. Otra morena, bajita, pizpireta lleva un traje fresco y sencillo de una tela como el Kakí, fondo blanco á rayas negras, ribeteada de azul la levita, y basquiña de encaje. Hasta me figuro los pecados de esa conciencia escrupulosa que debe llevar las cuentas de la lavandera con extrictez, é introducir de vez en cuando sus picarezcas naricillas de *ñatita* en el puchero doméstico.

Cerca de la pila de agua bendita se confiesa una vieja. Dentro nada parece moverse; ni siquiera ondea la cortinilla. Cuando menos se ha dormido el confesor. Otras sombras más se arrebujan y atropellan vestidas de negro. Entran y salen algunas pecadoras adorables. Una sobre todo de tipo italiano, me entusiasma. Largo rato permanece arrodillada, *desembuchando*. Sale más rosada que antes, con el rostro aureolado, heroico, los ojos meridionales mucho más traslúcidos, Y estos ojos meridionales limpios de pecado encuen-

tran los míos. ¿Iniciaré yo la lista de los pecados futuros de esa conciencia? Así me condenase. En este capítulo so-

mos los hombres tan débiles!..... Y en otros también.

Marzo de 1908.

MANUEL BEINGOLEA.

OTRAS ALMAS

LA señorita Hortencia se moría de risa. Cojida á un bote anclado cerca de la playa, contemplaba á su amigo Daniel. Cuando podía contener los nervios, gritaba á su amigo:

—Acérquese.... ¿por qué no se acerca usted.

Y volvía á reír, con burlesca ironía.

Era demasiado temprano y no habían bañantes. Solo una criada de la señorita Hortencia que hacía huecos en la arena.

Daniel atravesaba por una dolorosa situación. No sabía nadar y en su cerebro estallaban las palabras de la señorita Hortencia: «acérquese.... pero porque no se acerca Ud!» Amaba á esa mujer, como si después de una miserable orfandad hubiera encontrado á su madre.

El tumulto de vida que caldeaba su alma joven lo había consagrado á esa pasión espiritual y noble. Su historia no era mas que un montón de recuerdos insignificantes; y como no fuera un pobre diablo, había pensado muchas veces en su historia. La noche anterior había estado con Hortencia. Hablara de un amor tan grande, que deploró no haberlo revelado entre sollozos y en un paraje solitario, magnificado por la Naturaleza. De tanto despreciar á los hombres, había concluido por amar á las mujeres. Y el amor á todas éstas lo concentró en Hortencia, señorita de sociedad y que tenía amigas bien vestidas. La conoció en esa playa adorable, cierta mañana de febrero, cuando huyendo del dolor de la ciudad, iba en busca de almas generosas y de paisajes espléndidos. Vagaba desorientado entre el derrumbe de sus esperanzas, apenado y marchito, sólo en su tristeza, como un desheredado. Arrastraba su juventud como si hubiera nacido para purgar los delitos de

una ascendencia villana y pecadora. Con injusta fatalidad iba de decepción en decepción, de desengaño en desengaño, y su alma atormentada sólo quería hallar otra alma buena para regalársele desinteresadamente en una leal ofrenda de amor.

Así llegó á la playa adorable. Ese verano presagiaba días luminosos y opulentos. Las mañanas se llenaban de una alegre luz azul, los árboles se vestían de incomparable verdura y el mar espejeante y rumoroso, cerrando el horizonte, un horizonte apacible por el que siempre viajaban pájaros blancos.

La noche anterior había sido de luna, como si de plata se hubiera vestido el cielo. Caminando á lo largo de la playa iba un grupo de enamorados. Hortencia y dos amigas con Daniel y dos jovencitos uniformados de blanco. Estos interesaron conversación con aquellas y Daniel, enternecido por la luna y por su novia, quiso fundirse en el alma del paisaje. Balbuceó cosas románticas, románticas, románticas! Quiso cobrarse allí todas, todas sus amarguras y todas sus miserias y todas sus pesadumbres. Quiso enterar á su amada de lo noble, de lo elevadamente noble de su cariño y puso en sus palabras todo el inmenso dolor del que sufre de tristeza:

—Oígame Ud. por Dios, escúcheme. No me conteste Ud. con esa frivolidad. No crea Ud. que la ame como estos dos amigos, vestidos de blanco....

—¿Así, frívola? muchas gracias.... un nuevo defecto que Ud. me reconoce....

Como si le hubieran dado un golpe en la cabeza, Daniel gimió torpes palabras. Una excusa, una disculpa pueril.....

Así pasó la noche y llegó la maña-

na, una de esas mañanas alegres que se llenan de luz azul.

Hortencia seguía gritando desde fuera. Su negro traje de baño, manchaba el claro flanco del bote y su pelo, batido por el aire, hacía un nimbo oscuro á su rostro:

—Acérquese. Daniel. pero ¿por qué no se acerca?

Tras una vioienta resolución á que lo precipitó un complejo proceso pasional, dijo fuertemente:

—¡Espéreme!

Había perdido el piso y manoteaba sobre el agua, gritando siempre á la señorita Hortencia:

—¡Espéreme. . . . espéreme!

Siguió avanzando lentamente. Las olas surgían rebrillando al sol, brutales y negras, para enarcarse y caer después, arrulladoras y blancas. Una ola pasó por encima de Daniel y en breves instantes se le vió desaparecer bajo las aguas. Luego sacó la cabeza é intentó limpiarse los ojos. No podía sacar los brazos y las olas seguían arrastrándolo. Todo veíalo turbio como si lloviera ceniza. Apenas distinguía una mancha negra que se agitaba y de la que salían gritos malévolos:

—Acérquese!. . . . Acérquese!

Allá debía ir. Allá, donde ese montón de sombras que le atraía. Los brazos fatigados se le inmovilizaban poco á poco y la mirada se le enturbiaba más. Pasó otra ola y se hundió nuevamente. Ya no podía nadar. Sintió una angustia horrible y las imágenes principiaron á desvanecerse en el cerebro. Sus ojos deformados, dolorosamente abiertos, se fijaban en Hortencia, como en una suprema imploración. ¡La amaba tanto!

De pronto sintió que todo se oscure-

cía y que la mancha negra se alargaba, aproximándose á él. Vió una imagen flaca, escurrida, pavorosamente negra, que le hablaba enseñando unos dientes amarillos:

—Acércate. . . acércate. . . . !

Y, experimentó una sensación de caminar sobre algo blando, muy blando, hacia una mujer fatal que lo llamaba y á la que tenía que ir. Una mujer impalpable como debe ser la muerte.

Cuando Hortencia vió que Daniel se sumergía, gritó. Hasta ese instante no había sido capaz de creer que hombre alguno se arriesgara en tal aventura sin saber nadar.

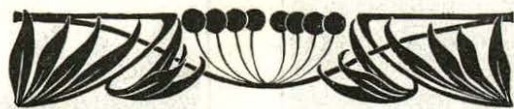
A los gritos acudió la gente y fué sacado el cadáver de Daniel. Sus amigos que conocían el romanticismo de estos amores, creyeron en un suicidio y concentraron sus miradas en la señorita Hortencia, como acusándola de ese crimen. Pero la gente del pueblo, sin dar mayor importancia al hecho, refirió antiguas desgracias habidas en la misma playa, y una mujer, asquerosamente flaca, comparó la muerte de Daniel con la de cierto pescador á quien se tragara un tiburón.

Como el muerto fuera pobre ocupó una tumba modesta en el cementerio del pueblo. Algunos días después un buen amigo fué llevándole ramos de flores. Se detuvo al ver que una señorita oraba ante la lápida de Daniel y esperó á que se fuera.

Cuando por entre los montones de sepulturas olvidadas, le vió alejarse fué á la tumba de Daniel. Sobre el barro fresco, esa mano femenina, había escrito un sentido epitafio.

Decía así: «este amó»

M. A. BEDOYA.



Paseos
DE UN
Kodak

Gitanerías





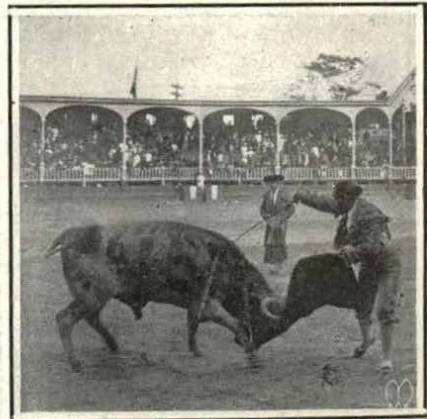
Si no fuera por el serio compromiso que he contraído con el director de esta revista, créanme ustedes que me habría eximido de escribir esta crónica taurina. Yo no sé si por estar apenado por el fallecimiento de un mozo inteligente, probo y correligionario mío, al cual enterraron esa tarde, llevé al circo de Acho un humor de perros. Lo cierto es que todo lo ví negro: negro el gauado, negros los bomberos, y cuenta que eran franceses, negros Bonarillo y Cabrera, negra la presidencia y el público; y por último, negro á Seminario al viejo encargado del servicio de tran-cas.

A las tres y media comenzó la corrida de beneficio de la bomba *France* con un público bastante flojo en la sombra. La pandilla era capitaneada por Paco Bonal, Cabrera y un desventurado que se hacía llamar *Piñoncito*. Entre bostezo y bostezo renegando hasta de mi sombra ví trascurrir toda la torada sin que nada me conmoviera ni aún la felonía, que contra toda práctica, contra todo reglamento se cometió contra ese infeliz muchacho que figuraba como tercer espada.

Al decir que entonces no me conmovió la antedicha felonía no quiero decir que no me haya conmovido después recapacitando y pesando los motivos que había tenido para ordenarla el tío que presidió y que no se quien fué, porque á las 3½ que alcé la cabeza desde mi ochavo para ver quien había dado la orden de abrir la puerta de los toriles, no ví ni á una rata bubónica en el palco del Juez de Espectáculos. Y á propósito. Es costumbre llamar aquí juez á individuos expertos que nombra la Municipalidad para que simplemente *inspeccionen* si se cumplen las ordenanzas municipales y reglamentos de la

materia y en caso de que no sea así dispongan su cumplimiento.

Ahora bien tratándose de los toros el Inspector se debe limitar á hacer cumplir el reglamento de toros; el *técnico* dispone el cambio de de suertes según las condiciones de los toros, pero ni técnico ni inspector son *Jueces* es decir no tienen el derecho de fallar ni de dirimir cuestiones sobre si un hombre es más ó menos torero que otro. Todo individuo á quien se le da permiso para torear con vestido de luces en una corrida es torero. Si no lo es no se le deja pisar el redondel; si ha engañado se le sigue juicio, se le multa, se le arresta y si es posible se



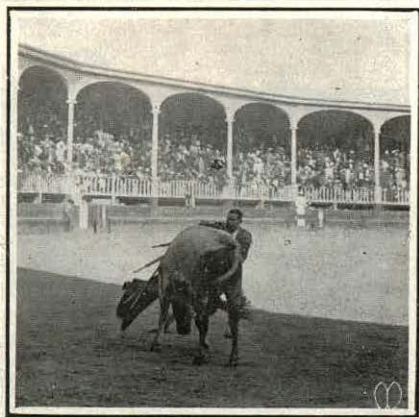
Bonarillo matando al 6° toro

le decapita ó fusila; pero no se recurre y infracciones capciosas del reglamento para hacer salir vergonzosamente á un pobre individuo que no cometió más delito que el de tener un jindama hermana gemela de una ignorancia completa del arte de Montes, y de haberse ganado con su frescura la antipatía justa del público. Y esto es lo que pasó con el *Piñoncito*. ¿Que ha sido un sinvergüenza de cuerpo entero al pretender matar toros con Bonarillo y Cabrera? Estamos de acuerdo. Pero á ese sinvergüenza ha debido dejarse correr el tiempo reglamentario para que se deshiciera del toro como pudiera ó para que el toro le obsequiara en pago de su temeraria petulancia unas cuantas pulgadas de cuerno en la región glutea ó en cualquiera otra región. ¿Que eso era inhumano? Más inhumano fué lo que se hizo: apresurar los toques con el fin de llamar á ese pobre hombre y despedirle de la plaza por una falta que no fué él quien la cometió sino los que dieron el permiso para que se presentara como matador y quienes como tal le contrataron. Además es natural que ciertos individuos tengan sus momentos fatales de nerviosidad en que se aterran con un cochino y no aciertan á dar en bola. Pero después de una rechifla y de un jaleo reaccionan sobre sus nervios, recuerdan lo poco ó mucho que saben y consiguen voltear la tortilla ó por lo menos modificar en parte el juicio adverso que de ellos se hace el público. Cierto es que el prójimo ese no tenía



Una mala pica

trazas de poder torear á un perro chino y que lo más probable era que en su segundo toro—aquel pintado que casi, casi nos hace ver el Bonarillo de los Asín—nuestro hombre voluntariamente hubiera pedido la venia del Inspector para arreglar un asunto urgente, de aquellos en que no cabe ser representado por otro; pero en fin el infeliz *Piñoncito* tenía el *derecho* á la rehabilitación y la circunstancia de estar pobremente trajeado, de ser feo y pequeño, y de tener hasta ese momento todas las hechuras de un maleta de cuerpo entero, no daban al señor Inspector el derecho de cometer la fea acción de expulsarle de la plaza. Por otro lado el señor Inspector no tenía el derecho de devolver al corral un toro cuya lidia no había agotado el tiempo que el reglamento señalaba. Si él procediendo como juez y no como inspector inhabilitó al matador, debió proceder á llamar á otro de los matadores para que diera fin al mamífero; y no habría privado al público de la parte más interesante de la lidia de un toro. Y basta de admonición por hoy. Sepa no más el señor Inspector que no siempre debe dejar de llevarse de los apasionamientos del público que en general son injustos é irracionables. Su papel es de Inspector de los reglamentos y nó de juez, así como el público es juez y no inspector. En uso pues de este caracter de que me inviste mi calidad de miembro más ó menos conspi-



Cabrera oficiando

cuo del público, juzgo y fallo que el señor Inspector ha procedido de un modo inicuo expulsando de la plaza al *Piñoncito* para librarle de la paliza de órdago que pudo haberle dado el cornúpeto.

Bonarillo llevó ganas de borrar la mala impresión que había dejado en sus anteriores actuaciones. En parte



Piñoncito brindando

lo consiguió con las bonitas faenas que realizó con los toretes y por las dos superiores estocadas que cogió. Una cosa fea le ví y fué la de insinuar al técnico la idea de poner banderillas de fuego al penúltimo becerrete, un mansísimo corderillo, sin cuernos, poder ni estatura. Felizmente el becerro fué guardado y reemplazado por un tío pero con toda la barba pero noble. Aunque con un poco de asco, se vió Bonarillo obligado á habérselas con él hizo un llamamiento al antiguo pundonor, para no hacer uso de las malas artes á que recurre cuando un toro le inspira antipatía, y se las hubo como

hombre dejando una media estocada en el sitio de la muerte.



Piñoncito en desgracia

Cabrera estuvo como era de esperar bravo y ganoso de aplausos. Cada día me gusta más este muchacho por su fé, su bravura y sus magníficas condiciones. No le falta sino educación. Aun no han cuajado sus aptitudes: su trabajo adolece de defectos de impericia, y los peligros á que ella le exponen los salva con vista y piernas. Constantemente se trae á los tcros al cuerpo por la deficiencia de su mano izquierda. Però, felizmente para él, está en la edad en que, cuando se tiene voluntad, se remedian esas cosas. Le auguramos que será un buen torero.

En banderillas solo se distinguió Rubio con un gran par. Respecto á la pica no me he enterado bien de si se practicó esta suerte. Tengo idea de que al último toro le dieron dos puyazos pero no estoy seguro.

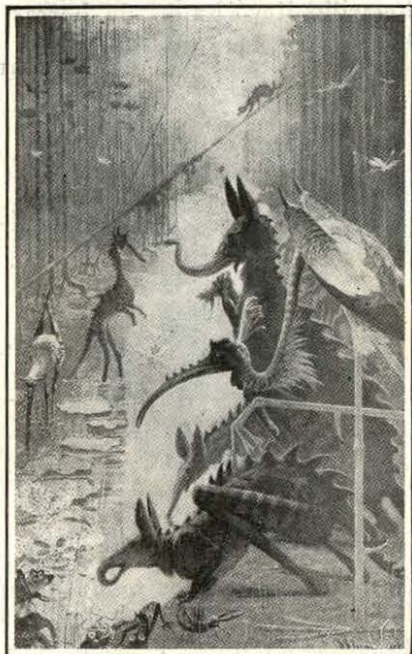
Que ustedes lo pasen bien.

CORRALES.

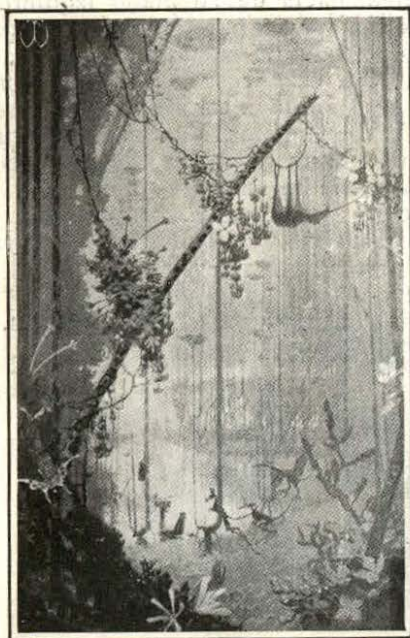


Los habitantes de Marte

Nuestro huésped el profesor Todd, que estuvo en el sur del Perú con un poderoso telescopio á fin de hacer observaciones y fotografías del planeta Marte en la ocasión de su mayor proximidad á la tierra, ha dado en Estados Unidos interesantes conferencias sobre dicho planeta y presentado al instituto que le envió una memoria del mayor interés científico sobre los canales que se observan en el vecino planeta. Los estudios del profesor Todd han vuelto á dar actualidad á la cuestión relativa á la habitabilidad de Marte. El sábio astrónomo se inclina á creer que el misterioso planeta es el centro de una... *humanidad* no es la palabra... de una clase de seres vivos é inteligentes en que se ha llegado á mayores progresos que los alcanzados por el hombre de la tierra, puesto que ha logrado dominar los elementos y ponerlos al servicio de los moradores de ese astro. Los canales de Marte, por su forma, su simetría, sus variaciones perió-

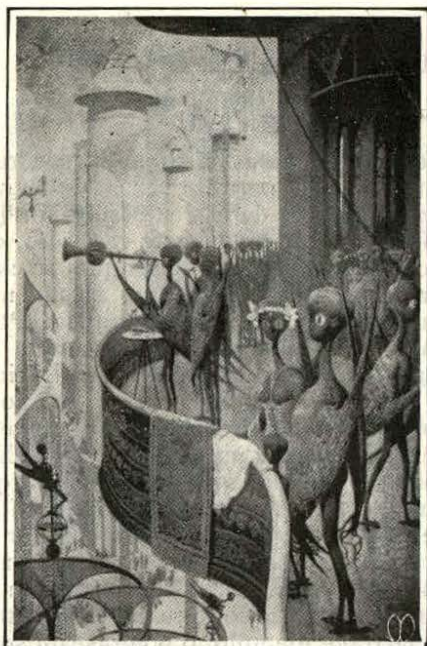


La fauna en Marte



La flora en Marte

dicas, con arreglo á las estaciones marcianas, y por mil circunstancias más, parecen probar que una inteligencia poderosa y un alto grado de cultura científica gobierna ese mundo. Hay en Inglaterra un insigne novelista de una rica fantasía que ya, en una célebre novela «La guerra de los Mundos», había presentado la hipótesis de un ataque de los marcianos á la tierra en extrañas máquinas. La poesía en más de una ocasión se ha adelantado á las ciencias con profecías, clarividencias y presentimientos que tomaron su punto de partida en meras presunciones científicas y volaron libremente por los campos de la fantasía. H. G. Wells, apoyándose en las observaciones de Mr. Todd, expone en un precioso artículo recientemente publicado en una revista de Estados Unidos cuales son las condiciones racionales en que debe desarrollarse la vida en Marte, y

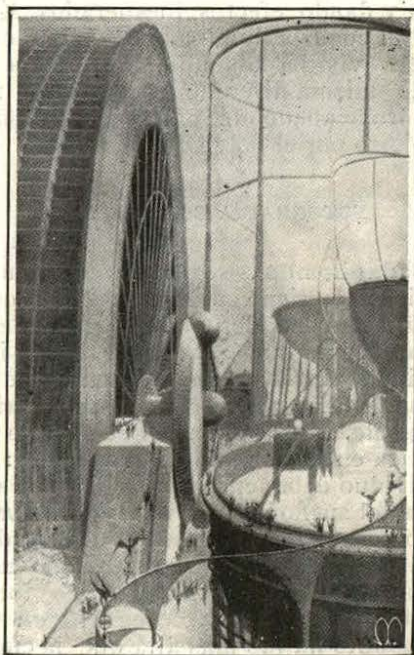


Los marcianos

hasta presume cuales deben ser las condiciones actuales de mentalidad y progreso de los marcianos. Un artista yankee ha interpretado de un modo sugestivo el cuadro de la vida en el misterioso planeta, y los grabados que reproducimos, dan una idea de lo que es ese ignorado mundo, según las deducciones de un sabio y de un poeta. Las fotografías de Marte, que en cantidad de muchos millares ha logrado tomar el profesor Todd, son pequeñas, pues el astro aparece en el negativo no mayor que una lenteja; pero mediante perfeccionados aparatos de proyección se han logrado hacer grandes ampliaciones que permiten ver con notable claridad la disposición de los canales marcianos y sus variaciones.

Respecto á la figura de los habitantes de Marte, según el dibujante yan-

kee, hay que convenir en que no es todo lo bella que se podía esperar de seres que se supone tan inteligentes. Por desgracia, la estética no puede hacer rectificaciones favorables á los marcianos. Además, la cuestión de la belleza es de una gran relatividad y acaso la Venus de Milo sea una repugnante forma al lado de la Venus de Marte. Esperemos á que los progresos de la ciencia en la Tierra ó de la ciencia en el planeta vecino, permitan mejores medios de observación y hasta de comunicación. Entre tanto, conformémosnos con ver en Marte un mundo de misterio y de fantasía; que es lo mejor que le puede pasar á Marte. Pobre planeta el día en que podamos manosearlo y transmitirle nuestras tuberculosis, tifoideas, cánceres y bubónicas!



La civilización en el vecino planeta

A los amateurs

ILUMINACIÓN DE CUADROS

Es curioso el procedimiento inventado por el físico norteamericano profesor Wood para iluminar cuadros. Este profesor hace una fotografía del cuadro y obtiene un diapositivo para proyección que por medio de la linterna proyecta no sobre un lienzo blanco, como es costumbre, sino sobre el cuadro original mismo. De este modo el cuadro resulta brillantemente iluminado en los sitios donde debe haber luz y más sombrío en las partes de sombra, aumentándose así los contrastes de luz y sombra, aproximándose a la naturaleza y dando efectos inesperados. Entre un cuadro iluminado de éste modo y otro visto a la simple luz del día se ve la misma diferencia que entre un cuadro acabado de pintar y el mismo cubierto por el polvo de diez años.

FOTOGRAFÍA ESPIRITISTA

Cada hombre, según las doctrinas espiritistas tiene su doble, esto es, que su alma puede desdoblarse en dos entidades, una que permanece con el individuo y otra que se desprende de él y puede llegar a hacerse visible y aún tangible. Naturalmente que esto no se realiza en circunstancias normales: el individuo debe encontrarse bajo la acción del sueño hipnótico y ser *medium*. Entonces el doble aparece al lado del individuo dormido, y se han dado muchos casos en que se ha obtenido fotografía de él. Pero la fotografía en este asunto ha ido más allá que la ciencia espiritista, y, con un poco de maña y sin necesidad de recurrir a las invocaciones, ni de tomar en serio las doctrinas espiritistas, puede uno mismo fotografiar su *doble*, su triple y hasta su centésimo. No es sino cuestión de *truc*, como probablemente debe ser el espiritismo. Vamos a indicar un pro-

cedimiento que es de un efecto sorprendente porque permite ver al doble con todo el relieve de la realidad y sin que por eso pierda su aspecto vaporoso, como corresponde a un *doble* que se estima. Para ello hay que emplear una máquina fotográfica estereoscópica. Pongamos que quiere uno hacerse una fotografía escribiendo en el escritorio y el *doble* leyendo por encima del hombro lo que aquel escribe. Hay que empezar por poner un fondo negro. Enfóquese debidamente el lugar en que ha de estar el escritor, abra las tapas de la máquina y siéntese en el sillón en actitud de escribir. Una exposición de cuarenta segundos es suficiente. En seguida levántese con presteza y quítese el saco por ejemplo, ó póngase un sombrero ó cambie de indumentaria si es que lo puede hacer en poquísimos segundos, al estilo de Frégoli y póngase en el lugar que debe corresponder al *doble curioso*. Esta exposición debe ser un poco menor. Cíérrese prestamente los objetivos una vez terminada la segunda exposición. Las operaciones de cambiar de actitud y de lugar, de colocarse en el sitio y moverse son hechos con los objetivos abiertos y el amateur pensará con muy justa razón que este es un disparate porque la placa seguramente registrará todos los movimientos y por consiguiente al revelarla solo se verá un manchón de figuras movidas. El *truc* está precisamente en tomar los negativos con las placas lentas al gelatino — cloruro que se emplean para los positivos y que requieren una larga exposición. Es por esto que los movimientos para sentarse, levantarse é ir a la máquina a cerrar el obturador no son registrados. Hecha la copia de la plancha y vista en el estereoscopio, el *medium* de artificio y el *doble* de camama presentan un relieve asombroso. Bien se comprende que por este sistema se pueden hacer las fotografías más cómicas y curiosas.



PERFUME PARA DAR FUERZAS.—El perfume que ahora se usa mucho entre las elegantes inglesas, es el conocido con el nombre de «never scent» que quiere significar algo así como esencia vigorizadora. La tal droga no es sino una mezcla de esencia de violeta de Parma y éter. Cuando la portadora se siente cansada se acerca el frasquito á las narices y aspira el perfume estimulante. Demás es decir que esto no es sino un modo *chic* para disimular en sociedad la afición al eter. La mezcla puede hacerse con cualquiera otra esencia.

PARA CONSERVAR EL DOBLEZ DE LOS PANTALONES.—Es de buen tono entre los elegantes el conservar por mucho tiempo el doblez que la plancha del sastre hace á los pantalones y con este objeto se venden varias clases de aparatos para estirarlos y guardar por mucho tiempo el doblez, lo que les da aspecto de nuevos. Hay un procedimiento sencillísimo y práctico que da los mejores resultados. Es de suponer que el joven elegante que lo quiera practique por lo menos una cómoda. Teniendo este *ingrediente* ha resuelto el problema de tener sus pantalones estirados y flamantes. Dóblese el pantalón debidamente é introduzcase la parte de la cintura en el primer cajón y ciérrese este: hágase lo mismo con la extremidad inferior que deberá sujetarse en el último cajón. En seguida ábrase los cajones intermedios lo más posible y de este modo la prenda permanecerá, perfectamente estirada toda la noche mientras el joven elegante sueña en

las conquistas que su correcto pantalón le facilitará.

GENTE QUE COME ALCANFOR.—Entre la gente rica, se va extendiendo de un modo extraordinario la costumbre, vicio ó como quiera llamársele, de comer alcanfor.

La mayoría de los aficionados, lo toman creyendo que el alcanfor ingerido en pequeñas dosis, aclara el cutis y le comunica un tono mate muy bonito.

Ello podría ser cierto, pero lo malo es que el que se acostumbra á comer alcanfor le resulta difícilísimo quitarse la costumbre, porque el alcanfor produce un estado de alegría tranquilo y de grato anonadamiento, y en muchos casos, cuando se llega á tomar en dosis fuertes, lo que era una costumbre se convierte en verdadera esclavitud.

Todos los que comen alcanfor están como pensativos, indiferentes y adormecidos, y constantemente tienen ganas de dormir ó de permanecer en reposo.

Toda absorción regular de alcanfor, va seguida de una laxitud extremada, y á veces resulta difícil distinguir sus efectos de los del alcohol.

En cuanto al color de la tez, si alguien considera como rasgo de belleza el estar muy pálido, no tiene más que comer alcanfor y lo conseguirá.

El *Petit Parisien* ha abierto una información entre sus lectores sobre si son ó no partidarios de la pena de muerte. Han contestado 1.452,347 lectores: 1.083,655 afirmativamente contra 368.692 abolicionistas.



Nuestro concurso de PASATIEMPOS ha sido poco favorecido por el público. Está visto que el ingenio de los limeños no ha querido ponerse en juego. Las pocas soluciones que hemos recibido no han sido atinadas ni completas. Para el mes de Abril abrimos un nuevo concurso en el que el premio será una máquina fotográfica panorámica para los que presenten las soluciones exactas y completas de los pasatiempos en este mes.

Soluciones:

NÚMERO PROSPECTO

Corte difícil: dos cortes curvos que se crucen y uno perpendicular.

Geroglíficos comprimidos: Entregado. —A uno le sobra lo que á otro le falta.

Un paseo difícil: Es «Variedades» la mejor revista semanal del Perú.

NÚMERO 2.

Geroglíficos comprimidos: El buen árbol da buen fruto.—Parentesco lejano.

Copa: «Variedades».

Adivinanza: El féretro.

Viaje difícil: Haz bien sin mirar á quien.

NÚMERO 3

Fábula enigmática: Oscar.

Logogrifo geroglífico: Monarca.

Geroglíficos comprimidos: Casino. — Pares y nones.

Charada: Novela.

Incógnita: Reconocer.

Cruz: Gálvez—Palma—Fianzón—Morales—Málaga—Calderón—Corrales Váscones.

NÚMERO 4

Cuadrado: Cal—Recibo—Calcinante—Bonanza—Té.

Geroglíficos comprimidos: Pardos — Partidos políticos—Dos besos.

Geroglifo-logogrifo: Vulcano.

Charada: Nicolás.

Geroglifo: Letras sobre París.

Enigma aritmético

157

Descomponer este número en otros cinco que expresados en números romanos den un adjetivo.

Geroglifos-logogritos

4615372

L.

2 13645

Geroglífico

E

a	b	c	d	e	f	h	i	j	k	l	m	n
ñ	p	q	r	s	t	u	v	w	x	y	z	

 SO

Charada

1

2ª 5ª 6ª

Oxígeno

1ª 4ª 3ª

La alucinación de Mr. Forbe

Novela de Julio Perrin

(Traducción especial para "Variedades")

[Continuación]

Se detuvo un momento reflexionando y acabó por levantarse.

—Es mejor que lo oiga usted de boca del mismo interesado.

Y atravesando el despacho, llamó con voz voz fuerte desde la puerta:

—Leboul!

Unos violentos hicieron temblar el parquet de la sala vecina en donde estaban los agentes de policía; el comisario se separó un poco para dejar pasar á un mocetón flaco y moreno de ojillos tristes y una sombra de bigote.

El comisario cerró la puerta y vino á sentarse junto á mí diciendole al policial:

—Cuenta usted al señor lo que le ha pasado anoche.

—Yo estaba anoche de facción á la puerta de la posta á eso de las dos y media ó veinte para las tres. Me paseaba sin pensar en nada cuando derrepente me pasó por la cabeza la idea de que se estaba dando un golpe en la calle Troussou-Ducondray. Como estas cosas no me llaman la atención no hice caso. «Bah me dije no son sino imaginaciones» Y continué mi paseo. Pasó un minuto y me siguió trabajando la idea y por fin se hizo más fuerte que yo: me puse á mirar en la dirección que se me había ocurrido y ¿que ví, señor? Vi una cabeza que pasaba pegada al muro y que al verme se retiró vivamente «Desconfiemos—me dije—hay que ver mejor». Volví á emprender mis paseos haciendo sonar mis botás sobre el piso de la calle y de pronto me volví bruscamente. Esta vez ya no fué solo una cabeza lo que ví sino un hombre entero que, al verme girar de improviso, desapareció. Entonces ya no vacilé, entré al puesto de guardia y referí al brigadier lo que había creído ver; me creyó un poco mal de la cabeza. «No importa le dije, hay que ir allá; estoy seguro de que se trata de un asunto no muy claro.» Y efectivamente señor con estos ojos que tengo en la cabeza veía lo que pasaba lejos como si yo estuviera allí: dos tunantes espían los extremos de la calle y otros dos forzaban las persianas de una casa, y ya uno de ellos se había introducido. El brigadier y yo hemos ido á paso

de carrera cuando hemos oído un silbido que previno á los pícaros de nuestra proximidad. Entonces el brigadier me ha dicho: «Vamos, Leboul, se creería que es usted *sornámbulo*».

—Yo moví la cabeza sonriéndome del estilo del agente.

—Está muy bien, le dije cuando terminó— es usted un vigilante valioso y lo felicito por ello.

—Puede usted irse,—le dijo el comisario y volviéndose á mí añadió:—Y que le parece á usted doctor? Le confesaré á usted que yo me ocupo algo de hipnotismo y hasta de espiritismo; estas cuestiones me interesan un poco. ¿No cree usted que este hombre posee el don de la doble vista?

—Bah!—contesté levantándome. No son raros estos casos y hasta he tenido ocasión de ver manifestaciones excepcionales en individuos que nunca habían sospechado tener tales disposiciones.... Desde luego su agente exagera un poco y me parece algo charlatán.

El comisario tomó un aire reflexivo.

—Quizá tenga usted razón. No obstante creo que el asunto no carece de interés.

—Oh sin duda.... sin duda. En fin señor, estoy á sus órdenes.

El comisario me acompañó hasta la puerta.

—Vamos, pensaba yo si logro reunir un considerable número de estos casos creo que todos ellos formarían un conjunto de manifestaciones dignas de interesar á una institución sabia.

Me esperaban en casa para almorzar. Sentadas en sus respectivos sitios mi mujer y su madre me recibieron con cierto aire solemne. Sin decirme palabra mi mujer me señaló con el dedo la servilleta, sobre la cual había un papel abierto, un telegrama, sin duda un llamamiento urgente que apenas me dejaría tiempo para almorzar. Me senté separando á un lado el telegrama que mi mujer continuaba mostrándome con el dedo estirado.

—Pero lee pues!—me dijo con tono impaciente.

Obedecí. Era un despacho lacónico y sin

firma en el que se me confirmaba en nombre de Mlle, Agustina La Vert el accidente del ferrocarril en el cual la desgraciada muchacha había sacado las dos piernas rotas. El sueño de mi mujer se había realizado. Mi suegra fijaba en mí sus ojos de batracio que el espanto dilataba. Mi mujer con aire de triunfo me preguntó:

—¿Y bien?

—Y bien, contesté, guardando el telegrama en el bolsillo, todo esto es muy sencillo; pero hasta que yo no lo diga, no habléis con nadie una palabra sobre todo esto.

Toda la tarde estuve en mi gabinete redactando una relación circunstanciada de los hechos.

Eran cerca de las seis cuando sonó el timbre de la antecámara prolongadamente y me estremecí.

—Vamos—murmuré involuntariamente—qué cosa nueva será!

Mientras procuraba dominar mis nervios excitados por el presentimiento de nuevos incidentes, llegó la camarera á mi despacho.

—Qué hay Bertha?

—Señor, dijo esta con embarazo, hay allí un hombre mal vestido que quiere hablar con el señor. Dice que acaba de llegar de América y que esta mañana ha tomado el exprés del Havre para ver al señor.

—Ha dicho su nombre?

—A fe mía que me he olvidado de preguntárselo.

Durante el corto silencio que siguió á la contestación de la muchacha presté atención: en la antecámara se oían los pasos precipitados del visitante que iba y venía; sus pasos hacían temblar el parquet.

Me levanté y fuí á abrir la puerta yo mismo.

—Quiere usted pasar?—le dije imperativamente.

Ví avanzar hacia mí, dando grandes zancadas, á un hombre realmente de aspecto repelente. Feo y miserable, la cara marcada de viruelas; los párpados inflamados, la cabeza redonda y medio rapada, las orejas como asas de sopera. Respecto del vestido solo se podía ver la parte baja de un pantalón franjeado que caía sobre unos enormes zapatones de cuero con clavos en las suelas; el resto del vestido estaba cubierto por un capote de caucho amarilleado por el uso y abrochado militarmente desde el cuello hasta las rodillas. En sus manos no muy aseadas mi visitante estrujaba con rabia un casquete de viaje verduzco y desteñido por el uso y el tiempo.

Bertha salió y yo sin decirle una palabra le indiqué una silla que ese hombre rehusó con un gesto. Parecía violentamente conmovido: jadeaba y todo su aspecto quería

significar que no quería perder tiempo. Sin dejar que le interrogara:

—Señor—me dijo con voz entrecortada y mirándome fijamente á los ojos—yo me llamo Sourbelle.

—Cómo?

—Sourbelle, repitió.—Mi mujer ha asesinado anoche, delante de usted á la vendedora de periódicos....

Movi la cabeza afirmando.

—Ya sé... ya sé... Pero su mujer aseguró que usted estaba en América.

Extendió la mano implorativamente.

—Ah, exclamó, ella es inocente, se lo aseguro, completamente inocente; es tan dulce, tan tímida que es incapaz de matar una mosca. El verdadero culpable, en suma, soy yo.

—Usted! Pero no acaba de decirme que llegó del Havre por el tren de la mañana?

Los ojos sanguinolentos de Sourbelle me lanzaron una mirada extraviada. Brusca-mente se decidió á aceptar la silla que le había ofrecido y se sentó con la mirada tenazmente fija en mis ojos.

—No es posible que esto sea natural, murmuró con voz sorda, aquí pasa algo extraño.

—Que quiere usted decir?—le pregunté estremeciéndome.

Arrojó por tierra su casquete verduzco, cruzó las piernas una sobre otra, puso un codo en la rodilla y apoyó el montón sobre el puño cerrado.

—Anoche, dijo, á eso de las siete nos aproximábamos al Havre: *La Lorraine* acababa de pasar á la vista de Chesburgo.

Hacen siete meses, pensaba yo, que partí de Francia y heme aquí de regreso, más pobre que nunca, descorazonado con esta inútil tentativa en la que he gastado los últimos billetes de mil francos de nuestras economías.... Y reflexionando en los orígenes, buscando el punto de partida de este nuevo desastre llegué á reconocer que la causa primera de todo el mal era esa mujer que vendía periódicos en el kiosko frente al teatro del Vaudeville.

—Como dice usted?

Yo había saltado en mi sillón. Un rayo alumbró mi cerebro, pero deseoso de saberlo todo me contuve haciendo signo á Sourbelle para que continuara.

—Oigame bien, continuó. Yo me vanagloriaba de ser algo emprendedor á pesar de mi mala sombra, y mi pobre mujer ha trabajado cuanto ha podido se lo juro: hemos hecho de todo. Pero hemos sido fatales y hemos tenido que vender poco á poco y con pérdida todo nuestro patrimonio. Entré como mecánico á una compañía de automóviles.

(Continúa.)